RELATOS DE LA VIDA DE ‘ABDU’L-BAHÁ

(Abdu’l-Bahá era hijo de Bahá’u’lláh, el Fundador de la Fe bahá'í)

LA ESPIRITUALIDAD Y LA FELICIDAD

Un día, una desconsolada niñita judía, toda vestida de negro, fue llevada a la presencia del Maestro. Con las lágrimas manando, le contó la historia de sus penas: Su hermano había sido encarcelado injustamente tres años antes; tenía que cumplir cuatro años más. Sus padres estaban constantemente deprimidos; su cuñado, que era su sustento, acaba de morir. Ella decía que cuanto más confiaba en Dios peor se ponían las cosas. Se quejó: “…mi madre lee los Salmos todo el tiempo; no merece que Dios la abandone así. Yo leo los Salmos, el Salmo noventa y uno y el Salmo veintitrés cada noche antes de irme a la cama. También rezo”.

Consolándole y aconsejándole, ‘Abdu’l-Bahá respondió: “Rezar no es leer los Salmos. Rezar es confiar en Dios y serle sumiso en todas las cosas. Sé sumisa, y las cosas cambiarán para ti. Pon a tu familia en las manos de Dios. Ama la Voluntad de Dios. Los barcos fuertes no son conquistados por el mar: remontan las olas. Sé ahora un barco fuerte, no uno roto”.

****

Una tal “Sra. C” era una antigua creyente que fue a ‘Akká *(situada en la Tierra Santa, Israel, lugar de peregrinaje para los bahá'ís)*. Pertenecía a un grupo rico y elegante de gente de Nueva York. Su vida había sido convencional y bastante insatisfactoria. Había sido una cristiana sincera, pero de alguna manera no había obtenido mucho consuelo de su religión. Se había vuelto algo melancólica. Mientras viajaba por el extranjero supo de ‘Abdu’l-Bahá. Con ilusión retuvo su mensaje y se dirigió a la ciudad-prisión. Al llegar, todo le fascinó, especialmente el Maestro, ‘Abdu’l-Bahá. Notó que él siempre la saludaba con un: “¡Sé feliz!” A los otros miembros del grupo no se dirigía de la misma forma. Esto le preocupó. Finalmente pidió a alguien que preguntara al Maestro por qué se dirigía a ella de esta forma. Con “su peculiar sonrisa inspiradora”, él contestó: “Te digo que seas feliz porque no podemos conocer la vida espiritual a menos que seamos felices”.

Entonces la consternación de la ‘Sra. C’ fue completa, y su falta de confianza en sí misma se desvaneció en la plenitud de su desesperación.

“Pero, dígame, ¿qué es la vida espiritual?, exclamó. “He oído hablar de la vida espiritual desde que nací, y nadie pudo nunca explicarme lo que es”.

‘Abdu’l-Bahá miró de nuevo a su interlocutora con esa hermosa sonrisa suya y dijo gentilmente:

“Caracterízate con los atributos de Dios, y conocerás la vida espiritual, pocas palabras pero fueron suficientes. La ‘Sra. C’ empezó a preguntarse lo que quiso decir ‘Abdu’l-Bahá. ¿Los atributos de Dios? Deben ser atributos tales como el amor y la belleza, la justicia y la generosidad”.

Durante todo el día, su mente estuvo inundada con la adivinanza divina, y durante todo el día fue feliz. No pensó en absoluto en sus obligaciones y, sin embargo, cuando el momento de su recuento por la noche, no pudo recordar haberlas dejado por hacer.

Por fin empezó a comprender. Si estaba absorta en los ideales celestiales, se traducirían, necesariamente por sí mismos en hechos, y sus días y sus noches estarían llenos de luz. Desde este momento, nunca olvidó la admonición divina que se le había concedido: “¡Caracterízate con los atributos de Dios!”

Y aprendió a conocer la vida espiritual.

****

George Townshend, en un tiempo canónigo de la Catedral de St. Patrick, en Dublín, Irlanda, y archidiácono de la Catedral de Clonfort, que se convirtió en un ardiente bahá’í, escribió: “Cristo enseñó que el logro humano supremo no es ningún hecho en particular de la mente, sino una relación con Dios. Estar completamente lleno – corazón, mente, alma - del amor de Dios, tal es el gran ideal, el gran Mandamiento. En el carácter de ‘Abdu’l-Bahá el elemento dominante era la espiritualidad. Cualquier cosa que fuera buena en su vida la atribuía no a ninguna fuente suya de virtud independiente, sino al poder y beneficencia de Dios. Su único objetivo era servir a Dios. Se regocijaba en ser despojado de toda posesión terrenal y ser rico sólo en su amor a Dios. Renunciaba a su libertad para poder llegar a ser el esclavo de Dios, y pudo declarar al final de sus días que había empleado toda su fuerza en la Causa de Dios. Para él, Dios era el centro de toda la existencia aquí en

la tierra, tanto en tiempos pasados como futuros. Todas las cosas eran, en su medida, espejos de la bondad de Dios y una efusión de Su poder".

****

'Abdu'l-Bahá escribió: "Las almas son como espejos y la bondad de Dios es como el Sol. Cuando los espejos superan toda coloración y alcanzan la pureza y el brillo y se enfrentan con el Sol, reflejan con perfección plena su luz y su gloria. En esta condición no se debe considerar al espejo, sino el poder de la luz del Sol, que ha penetrado en el espejo, haciendo de él un reflector de la gloria celestial".

También escribió: "… con el amor de Dios cada amargura se vuelve dulzura, y cada don se convierte en algo precioso".

****

Hoy en día la humanidad se preocupa cada vez más - muy justamente - por la "calidad de la vida". 'Abdu'l-Bahá estaba absorto tanto en sus dimensiones espirituales como físicas: sabía que a medida que la calidad de la vida espiritual del hombre mejorara, su vida física también mejoraría; el mundo exterior refleja al hombre interior. Sabía perfectamente que en realidad estamos en un "viaje espiritual desde el yo hacia Dios". Quería que toda la gente fuese consciente de este hecho vital. Entonces podrían levantarse de verdad hasta su potencial verdadero, tanto en este mundo como el venidero.

Nota: Historias tomadas del libro "Relatos de la Vida de 'Abdu'l-Bahá", compilados por Annamarie Honnold. "No es una biografía, sino anécdotas inspiradoras referentes al modo de vida bahá'í tal como la profesara 'Abdu'l-Bahá, el hijo del Fundador de la Fe bahá'í, Bahá'u'lláh, y ejemplo perfecto de Sus enseñanzas".